

LA NUEVA BIPOLARIDAD

POR PÍO GARCÍA*

Estamos ante la existencia de tres grandes mercados, pero no tres grandes poderes, porque Asia carece aún de la integración política y Europa no cuenta como bloque político o militar, dada la injerencia en esos asuntos de Estados Unidos.

62

Si observamos el título de esta exposición con cierto cuidado, advertimos que hay por lo menos una afirmación fuerte de entrada: existe un "nuevo contexto internacional". Pero, hemos de preguntarnos: ¿desde cuándo es nuevo?, ¿qué es lo nuevo? Y, una segunda suposición, según la cual en ese

* Estudió filosofía y letras y obtuvo la Maestría del Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo, en Bogotá. Adelantó estudios de especialización en asuntos japoneses, en El Colegio de México y la Universidad de Tsukuba (Japón). Fue investigador invitado por el Instituto de Economías en Desarrollo en Tokio y director de Asia y África en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En la actualidad es el coordinador de la Línea de Estudios Asiáticos de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Externado de Colombia.

sistema quizás Asia tenga alguna influencia que sea digna de considerar. Entonces, cabe preguntar aún más: ¿qué tiene que ver Asia con el nuevo contexto internacional?, ¿qué puede estar pasando en Asia y el ámbito externo cómo puede condicionar a ese conjunto de países? Y, un último interrogante: ¿qué cabe entender por Asia?

El sistema mundial contemporáneo, nadie duda de ello, tiene su punto de partida en la disolución de la Unión Soviética, hecho que puso fin a la confrontación Este-Oeste, o entre el capitalismo y el comunismo. Sin embargo, las explicaciones de la naturaleza y dinámica de este orden mundial son motivo de teorizaciones disímiles. Hay tres visiones fundamentales acerca del mundo en que vivimos: la teoría unipolar, el trípode de poderes regionales y la multipolaridad.

Para la faceta de la escuela neoconservadora que encabeza Francis Fukuyama, con la caída del bloque soviético se abrió para el mundo un horizonte ilimitado de paz y progreso, gerenciado por Estados Unidos y el llamado mundo libre, portadores de los valores de la libertad política y la construcción del bienestar colectivo por la vía de la competencia del mercado. Este estadio no es de simple fin de la competencia entre los bloques ideológicos, sino

el fin de la historia misma, gracias al triunfo de la ideología liberal y las instituciones universales nacidas en Europa y Estados Unidos, que él llama, en la consabida simplicidad conceptual, instituciones occidentales¹.

La creciente integración de las economías asiáticas ha dado las pautas para que algunos autores vengyan planteando de tiempo atrás la conformación de un sistema mundial tripolar. Las tres aristas del triángulo mundial del poder las constituirían la Unión Europea, Estados Unidos y Asia del Este. Estos tres centros económicos tendrían tamaños similares: 8, 7,8 y 6,3 billones de dólares de PIB respectivamente. Fred Bergsten señala que "sin que el resto del mundo se haya dado cuenta, los países de Asia Oriental están logrando sus propios arreglos económicos". Como resultado, por vez primera en la historia, el mundo se está configurando en tres bloques. No solamente sus relaciones económicas, sino las políticas, se orientarán en la dirección que estos acuerdos tomen y la forma como a ellos respondan Estados Unidos y otros países no pertenecientes a la región. La existencia de tres ejes económicos mundiales como los indicados lleva a la confusión de pensar que corresponden a unidades políticas. En realidad, sí estamos ante la existencia de tres grandes mercados, pero no tres grandes poderes, porque Asia carece aún de la integración política y Europa no cuenta como bloque político o militar, dada la injerencia en esos asuntos de Estados Unidos.

De igual modo, la multipolaridad ha hecho bastante carrera, en la

búsqueda de sistemas pentapolares o septapolares: EUA, Rusia, China, Brasil, Japón, India... Por supuesto, es una versión resumida de la lectura ingenua de la teoría del caos. Cree poder poner al mismo nivel a todos, para tratar de explicar la disminución de poder de Estados Unidos y Europa, o para animar el avivamiento hegemónico contra las reacciones que puedan forjar los poderes antagónicos por parte de China, India o Rusia.

La interpretación culturalista ve un conjunto mayor de centros de poder, con intereses contrapuestos, desde los cuales se erigen las grandes confrontaciones del siglo XXI. En palabras de Samuel P. Huntington, "la fuente de conflicto del nuevo mundo no será en principio ni ideológica ni económica.

Las grandes divisiones entre la humanidad y la fuente dominante del conflicto será cultural. Los estados nacionales permanecerán como los actores más poderosos en los asuntos mundiales, pero los conflictos de las políticas globales ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de civilizaciones dominará las políticas globales. Las líneas de fisura serán las líneas de batalla del futuro"². Este autor es en realidad vocero de una forma de doctrina cínico-social que trata de justificar como los neoconservadores la supremacía de los llamados "valores occidentales", que en últimas es la legitimación del poder mundial anglosajón.

Hace falta ver las cosas de una forma más objetiva e informada. Todo el sistema, como un sistema

cualquiera, se mueve, es obvio, por el juego de sus fuerzas en lucha tras la supremacía. Pero no todas las fuerzas tienen igual magnitud, intensidad y radio de acción. Hay, por ello, poderes mayores y menores, rectores y subalternos. Brasil tiene cierto radio de acción y el control de ciertas variables de su juego interno y de las relaciones externas, pero desde el punto de vista de la geopolítica es un poder subsidiario de Estados Unidos; es un poder regional subalterno de un poder mundial.

En una perspectiva a estos planteamientos, nuestra hipótesis afirma que, en esencia, el poder mundial actual está determinado por la contraposición de la política hegemónica de Estados Unidos, en alianza con varios socios americanos y extramericanos, que por



el grado de presión (mejor dicho, agresividad), acelera la formación de fuerzas contrahegemónicas de otros grandes poderes, encabezados, hoy día, por los caprichos del destino, por China.

Es preciso aclarar antes de continuar que el marco conceptual se ubica lo más cerca posible a una explicación física, porque cuando hablamos de los “caprichos” de la historia advertimos que la contraposición de China se fue imponiendo de forma inexorable por la presión de las fuerzas externas, sin obedecer a un plan especial por parte de ese país para llegar hasta esa posición. Las reformas de Deng sólo buscaban el desarrollo económico para suplir las necesidades de una población tan vasta y humillada en los dos últimos siglos, pero sin las pretensiones de constituirse en un gran poder mundial o arrebatárselo al liderazgo a los soviéticos o los americanos. Eso mismo pensaban los norteamericanos en 1823: alejar a los europeos, distanciarse de ellos, pero sin arrebatárselo el dominio mundial a los ingleses. Con el paso del tiempo, sus ansias de poder se tornaron, sin embargo, infinitas, para desgracia del resto de pueblos, empezando por las sociedades islámicas, la raza amarilla, los hermanos del sur del continente americano y el planeta todo, porque el gobierno norteamericano sigue inmovible ante la tragedia ambiental mundial de la cual Estados Unidos es el mayor causante.

El objetivo es, pues, explicar en qué consiste el “nuevo” contexto o sistema mundial y el papel que a Asia le cabe en él.

1. EL ASCENSO DE ASIA Y LA INTEGRACIÓN ASIÁTICA

El examen de lo que viene pasando en Asia nos lleva a revisar cuatro variables: la transformación económica, las relaciones políticas y culturales, la posición en la estructura de poder regional y la dinámica de conjunto, como una región con alguna posibilidad de movimiento centrípeta.

En primer lugar, cabe afirmar que la transformación económica de Asia se da en una forma escalona-

El poder mundial actual está determinado por la contraposición de la política hegemónica de Estados Unidos

nada o de “vuelo de gansos”, según los japoneses, porque tras la recuperación económica de Japón siguió la industrialización de Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur. La ola más reciente está impulsada por Malasia, Tailandia, Vietnam y, sobre todo, China. El movimiento hacia la producción moderna ha sido continuo y creciente, y en él participan cada vez más personas. Con el ingreso de China en la etapa de industrialización regional ya son alrededor de mil millones los asiáticos vinculados al sector de transformación y de servicios, un contingente laboral que representa la sexta parte de la humanidad, con todas las ventajas que para esa población significa el patrimonio de una fuerza trabajadora tan vasta como la incidencia en otras regiones que ven perder millones de empleos productivos.

Es cierto que la crisis financiera del Este de Asia de 1997 produjo una conmoción regional y paralizó varios de los proyectos ambiciosos de algunos países. Los más afectados fueron, en su momento, Tailandia, donde empezó el problema de la devaluación masiva del bath (la moneda nacional), Indonesia, Filipinas y Corea, países éstos con las más altas exposiciones por haber permitido, como consecuencia del ingreso de capitales especulativos en la primera mitad de los noventa, la revaluación de sus monedas. La posición firme de China y Malasia detuvo la expansión del contagio, mientras Japón procuró medidas de ayuda extraordinaria a sus socios, sin mayores posibilidades de incidir en forma contundente ya que el país venía desde 1990 afectado por su propia crisis, representada en la caída de la actividad inmobiliaria y la consiguiente contracción bancaria después del estallido de su propia burbuja especulativa con la propiedad raíz. Diez años después de la crisis, en el 2007, Asia Oriental seguía creciendo a un ritmo anual de 6%, el mayor para región alguna en el mundo actual.

Mucho es lo que se puede hablar del modelo de modernización económica de Asia, imposible de presentar en este examen general de la región. Lo básico se puede explicar por el modelo desarrollista, en el que hay una convergencia entre los intereses de cierto grupo político, con el empresariado y la burocracia. Este modelo político restrictivo no hubiera podido funcionar sin una estrategia redistributiva que diera respuesta a las expectativas populares que, en

general, se han cumplido. Aún en la misma China, la restricción política se compensa con el aumento del nivel de bienestar, lo que, sin embargo, no puede llevarse a términos absolutos, y de ahí la progresiva apertura en el sistema de elección de autoridades locales amparado por el Partido Comunista Chino.

pieza clave del dominio mundial estadounidense. Por esta doble desconfianza, la proyección japonesa se dio a través de la diplomacia económica (comercio, inversiones y ayuda para el desarrollo) y no tuvo igual desarrollo en términos políticos. Al correr el tiempo, ese espacio estratégico viene siendo cubierto por China;



En segundo lugar, en el aspecto político es clara la tensión por el liderazgo regional, que durante varias décadas fue buscado pero no alcanzado por Japón, país impedido para ello por dos grandes barreras: una, el peso de la historia; es decir, el ingrato recuerdo de los vecinos de la expansión agresiva desde 1895, cuando tomó a Taiwán como colonia aprovechándose de la debilidad china, hasta 1945, cuando cayó derrotado y tuvo que abandonar los territorios tomados por la fuerza durante medio siglo. Segunda, su falta de independencia, al ser visto y funcionar en la realidad como

su influencia en la región es milenaria, pero se detuvo por cinco siglos, desde la llegada de los europeos en el siglo XVI hasta fines del siglo XX, lapso durante el cual el país pasó de la reclusión voluntaria al sometimiento externo, al no poder contener la ofensiva expansionista europea. A partir de las Guerras del Opio (1842, 1849), los británicos primero y luego los franceses, alemanes, estadounidenses y, más adelante, los japoneses, dispusieron de los chinos a su antojo.

En tercer lugar es preciso señalar que las normales tensiones

intrarregionales han sido amplificadas por la vinculación con los intereses externos, es decir, la presencia extranjera que agudiza las contradicciones internas. Así, la alianza militar de Estados Unidos con Japón, Corea y Taiwán ha sido el factor primordial de choque en la región, que llevó al enfrentamiento directo de los grandes poderes en plena guerra fría en Vietnam y el Sudeste Asiático. Por un tiempo funcionó el esquema anticomunista (contra la Unión Soviética y China), por un temor manipulado para darle vida a la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático –ASEAN. Como los chinos han podido demostrar que los comunistas no son ogros y, más bien están resultando bastante rentables para las multinacionales, las cosas han venido cambiando y el recelo frente a China se ha apaciguado, mientras la posición de Estados Unidos y su proyección estratégica en Asia se debilita en forma imparable.

Las tensiones políticas propias, aumentadas por la injerencia externa, tuvieron anclajes en las supuestas justificaciones culturales, de tal modo que se exacerbaban los conflictos entre hindúes y musulmanes en Asia del Sur, musulmanes y confuciano-budistas en China o Birmania, o cristianos e islámicos en Filipinas. Para sacar a los rusos de Afganistán los norteamericanos fortalecieron la línea islámica radical, los Talibanes, hasta permitirles la toma del poder. En muchos casos, una búsqueda insensata de identidad cultural dio lugar a justificaciones nacionalistas en Japón, Corea y Singapur, entre otros.

En cuarto lugar y como característica final, se debe insistir en el

hecho que Asia Oriental vive una fase de alta convergencia, en medio de sus contradicciones. Lo más evidente de este proceso es el mercado ampliado del 2010, con el ingreso de China, Japón y Corea a la ASEAN. Primero China, en ese año, un año después Japón y luego Corea; quizás India, Australia y Nueva Zelanda más adelante. De por sí, las relaciones económicas entre ellos han sido más dinámicas que con los socios extraasiáticos, pero a partir del 2010, por su volumen de producción y comercio, el bloque superará al europeo y el norteamericano. Asia es el mayor centro económico de un trípode conformado además por Europa y Norteamérica. Esta comunidad asiática posee la mayor población y producción industrial, aunque no cuenta con igual peso financiero y tecnológico frente a sus rivales, pero, por cierto, tiene a su favor la suficiente capacidad para disminuir la distancia en esos aspectos. En síntesis, Asia del Este avanza de la integración informal ocurrida en la segunda mitad del siglo XX a la integración formal en el siglo XXI.

2. LA REBIPOLARIDAD POLÍTICA Y ESTRATÉGICA

Cuando se aprecia la distribución del poder económico mundial alrededor de tres grandes centros, se tiende a pensar –como hemos dicho atrás– que, de igual modo, el poder político tiene una estructura semejante. Eso es una equivocación de enfoque, puesto que en la realidad el sistema mundial contemporáneo se mueve por dos grandes fuerzas, una hegemónica, con Estados Unidos a la cabeza, y otra contrahegemónica, al

frente de la cual marcha, por razones del destino, China y su creciente área de influencia. Ambos son títeres del destino, con una diferencia temporal, en cuanto Estados Unidos tuvo la oportunidad de alzarse primero como poder mundial al heredar el desvertebrado imperio británico. Pero, frente a los chinos, su vocación de liderazgo es reciente, como lo es su ideología salvacionista del capitalismo inglés. Los norteamericanos lo justifican por su Destino Manifiesto, expuesto en 1823; en cambio, el destino manifiesto chi-

El examen de lo que viene pasando en Asia nos lleva a revisar cuatro variables: la transformación económica, las relaciones políticas y culturales, la posición en la estructura de poder regional y la dinámica de conjunto

no data del siglo III a. C., cuando el emperador Qin Qi Huang-di integró en uno solo los tres reinos combatientes.

Ahora bien, la fase previa a este nuevo orden (o desorden para muchos) mundial fue la guerra fría, período de postguerra que concluyó con un claro vencedor, hecho éste que por cierto, dio lugar al derroche discursivo y veleidoso de la derecha intelectual: Huntington, Fukuyama, Wohlforth³, o los cachorros latinoamericanos al modo de Montaner, Vargas Llosa jr, y alguien no tan

junior como Plinio Mendoza. La falta de visión crítica puso a muchos teóricos a reverenciar la doctrina neoliberal económica, cuya versión política legitimó la destrucción de pueblos enteros en Yugoslavia, Asia Central, Palestina e Iraq, al tiempo que África se sumía en la mayor de las crisis humanitarias por el hambre, la guerra y las pandemias. Se sabe muy bien que con tan sólo la décima parte del gasto militar mundial se extirparía la miseria global, pero también se sabe bien que es más rentable alimentar el complejo militar-industrial.

Tras una fase de incertidumbre por la falta de claridad sobre el desempeño ruso una vez disuelta la Unión Soviética, desde la segunda administración de Clinton, Estados Unidos retomó el papel de policía mundial. Bajo las ínfulas del único poder soberano fue tomando uno a uno los objetivos estratégicos en Europa y África, en una cruel premonición de la agresividad de Bush contra cualquier sentimiento o posición en contra de su tarea imperial. Por supuesto, el mundo islámico fue su principal víctima, pero también los hispanos, los negros y los chinos. Su administración se ensañó como ninguna en impedir el acceso latinoamericano al mercado de trabajo estadounidense por medio del reforzamiento militar en la frontera con México y la construcción de un nuevo muro de ignominia internacional.

China también sufrió la incertidumbre acerca de Rusia y esperó un renacimiento de ese país frente a la hegemonía norteamericana, como en la guerra fría había pasado. Esta espera fue en vano, y

poco a poco los chinos se dieron cuenta que no podían contar más con ese escudo y se vieron precisados a hacerse valer por sí mismos. De esa manera, tras una década de marasmo, advirtieron que el bombardeo de su embajada en Belgrado en marzo de 1999 y la toma estadounidense de Afganistán en 2001 no eran simples casualidades, sino el plan para “detenerlos”, como lo había propuesto Condoleezza Rice durante la campaña electoral del año 2000. Aclarada así la situación, los chinos empezaron a tratar con mucha mayor cautela a Estados Unidos y a diseñar su propio esquema estratégico para resistir los efectos sobre su nación de un imperio envalentonado.

Algunos autores llevados del prurito pluralista han querido defender a capa y espada un supuesto sistema multipolar en la postguerra fría, como velo ideológico para ocultar la conducta hegemónica de Estados Unidos. Pero, aquí nos enfrentamos a dos problemas: uno de enfoque, de apreciación el otro. Por el primero, hemos de advertir que tras la globalización impuesta por los europeos y heredada por los norteamericanos, las fuerzas mundiales tenderán siempre a organizarse alrededor de macropoderes o superpotencias, sin darle posibilidades a estructuras tripolares, tetra, pentapolares, etc. Ello, por la simple razón de la distribución mundial del poder que en el siglo XIX completó Gran Bretaña, en su competencia secular con Francia y Alemania. En cuanto al problema del enfoque, estos analistas tienen razón en identificar varios poderes regionales, tales como Rusia, Francia, India, Sudáfrica,

En la realidad el sistema mundial contemporáneo se mueve por dos grandes fuerzas, una hegemónica, con Estados Unidos a la cabeza, y otra contrahegemónica, al frente de la cual marcha, por razones del destino China y su creciente área de influencia.

Brasil, Indonesia, Nigeria o Turquía; pero la calidad de su apreciación se pierde cuanto pretenden, sin mayor explicación, ponerlos en un nivel igual al de los poderes mayores. Ellos, sin duda, son poderes regionales, que de una u otra forma se definen frente a los poderes superiores que los condicionan.

Este espectáculo para las generaciones actuales y algunas de las venideras es lo que se debe llamar la fase de bipolaridad sino-estadounidense, heredera de la bipolaridad soviético-estadounidense.

3. LOS OTROS GRUPOS Y ACTORES

Los demás países y regiones se mueven atraídos por esas gigantes esferas de influencia. Europa, por ejemplo, en términos de grupo continúa como aliado estratégico de Estados Unidos; sin embargo, esta coalición tiene sus fisuras en las preferencias nacionales, por los intereses económicos cada vez mayores en un mercado chino dinámico. Rusia

misma, otrora cabeza del polo opuesto al poder euroamericano, y que al comienzo de la toma de Afganistán previó una alianza duradera con Estados Unidos para detener la insurrección islamista, ve una relación que se deteriora a cada paso, dándole razones para acercarse a China, lo mismo que África y algunos países latinoamericanos. A su vez, la presencia estadounidense en el Medio Oriente y Asia Central ha sido tan severa que ha inhibido por varios años el acceso de China y Rusia a las mayores reservas de hidrocarburos, lo cual no implica, por supuesto, su renuncia a una región de tanta riqueza energética.

Pocas disputas de influencia y territorio, como en la guerra fría, se sortean en forma directa entre los grandes poderes. Ellos insertan de manera hábil sus pretensiones en los organismos regionales, de modo que si Estados Unidos se mueve a través de la OTAN, China y Rusia le corresponden con la Organización de Cooperación de Shanghai. Nacida del temor por la expansión comunista y auspiciada por Estados Unidos y las potencias europeas, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático –ASEAN– se perfila como cuerpo subregional de soporte a la causa china, como en nuestro continente lo es la OEA para los intereses de Estados Unidos. Los organismos transpacíficos, como Asia Pacific Economic Cooperation –APEC, cumplen la función de abrir escenarios en los cuales se pueda airear la competencia, sin llegar por ello a resolver la tensión de fondo. Por su parte, el sistema de Naciones Unidas en su segmento medular del Consejo de Seguridad se mantiene neutralizado

mientras Estados Unidos persista en su política unilateral respecto a los problemas políticos mundiales.

4. PERSPECTIVAS O LO QUE HEMOS DE VER ...

Diez años después de la crisis asiática, por cierto causada por la aceptación del arribo masivo de capitales especulativos, como los del señor George Soros, sobre la base del seguimiento criminal del fundamentalismo del FMI y sus prédicas de apertura sin límites al capital de riesgo, Asia parece emerger sobre una base más sólida, mientras Estados Unidos y Europa convulsionan el mundo con sus crisis económicas. No hay duda que los asiáticos no están al margen de la destorcida de la ola especulativa de la última década; sin embargo, las reservas acumuladas por los superávits comerciales van a ser claves para el autofinanciamiento de los proyectos productivos, como para oxigenar las economías externas por medio del apoyo a los bancos centrales de Europa y Estados Unidos. Ello, porque los dueños de la mayor parte de los bonos del tesoro norteamericano son China, Japón, Corea, Taiwán y algunos países árabes petroleros.

En los próximos años, entonces, es probable ver el afianzamiento de Asia como un centro de poder mundial, con todas las bondades y los problemas que ello implica, dada la definición más evidente de la contraposición de los intereses estratégicos de los actores de mayor peso, implicados en la nueva dinámica mundial, a saber, Estados Unidos y China. Los cinco aspectos sobresalientes de este sistema internacional del primer



tercio del siglo XXI son: la tensión estratégica con dependencia económica de los actores, la intensificación de la integración asiática y su expresión en un cuerpo doctrinal diferenciado del euroamericano, la pérdida de peso de actores grandes como Europa y la consiguiente presión por reconstruir los mecanismos multilaterales, el apaciguamiento de las sociedades islámicas y el renacimiento del proyecto panamericano.

Así, lo primero a tener en cuenta en la diferencia de la bipolaridad actual respecto a la soviético-estadounidense es la contraposición político-estratégica, dado que

Asia del Este avanza de la integración informal ocurrida en la segunda mitad del siglo XX a la integración formal en el siglo XXI.

comparten los intereses económicos, en cuanto la ampliación productiva china está montada, en lo fundamental, sobre el capital y la tecnología de las empresas transnacionales. El aprovechamiento de su mano de obra barata no implica el traslado del conocimiento avanzado, de tal manera que esa brecha seguirá siendo un obstáculo para el equilibrio chino frente a Estados Unidos o su posible superación. Ahora bien, el afán de China por preservar su autonomía en el conocimiento avanzado estimula sus planes para incrementar el patrimonio tecnológico, que, por lo demás, puede nutrirse de otras fuentes externas dada la mayor capacidad de compra. Es decir, disponer de la alta tecnología que se crea en India, Corea, Taiwán o lugares más remotos como Irlanda. Dentro del país, al igual que Estados Unidos, una forma corriente para superar la brecha tecnológica es la inversión en defensa, cuyos logros se trasladan al campo de la industria de consumo masivo.



Esta dependencia económica no está exenta de la dura competencia, por un tiempo, por el abastecimiento energético. Como la vida contemporánea está ligada al uso intensivo de los combustibles fósiles, Asia Central y Occidental serán día a día las zonas de mayor tensión por las presiones externas, y en donde chinos, rusos y, tal vez, indios, se empeñarán en tomar parte del pastel que por ahora está saciando el apetito de los norteamericanos y los europeos.

En segundo lugar, al consolidarse la integración asiática a partir del año 2010, con el mercado ampliado de ASEAN +1+1+1, el interés del bloque por disponer de los recursos aledaños se incrementará en forma ostensible. Los programas de cooperación y la búsqueda de injerencia en Asia Central y los países del golfo Pérsico van tomar un carácter grupal, donde la vocería colectiva disuelve o, mejor, esconde los intereses de los urgidos de esos recursos (China, Japón, Corea, India). Este proceso de integración asiática va

a requerir un desarrollo paralelo político y cultural de "asianización", que en términos familiares para nosotros, llegará a ser formulado así: "Asia para los asiáticos". En este sentido, por encima de las disputas económicas se despejará la contradicción máxima que es estratégica e ideológica, detrás de la cual reposan dos grupos humanos: los representantes del credo liberal euroamericano, personificado en los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y los aliados menores de Europa e Israel y los grupos poderosos afectados por la política hegemónica euroamericana, entre los cuales está la dirigencia del Partido Comunista Chino, como hemos dicho, y los líderes iraníes, rusos, malasios, paquistaníes y un largo etcétera.

Ahora bien, identificar al grupo de mando chino es advertir la cabeza del iceberg, detrás del cual está el fenómeno de crecimiento económico y político de Asia. No todo el continente, por supuesto, pero sí el sur y el oriente, con la mitad de la población mundial y pronto quizá

con el control del 40% de la riqueza planetaria. Ese contrapeso al control mundial euroamericano tendrá la oportunidad de producir definiciones más asertivas en la medida que Estados Unidos vea decrecer su poder económico y, por ende, político, militar y cultural. No cabe pensar en una transición abrupta, es decir, que todavía en el 2020 la hegemonía contemporánea euroamericana será visible, aunque resquebrajada. Por cierto, no cabe esperar una implosión o desintegración china por el estilo de la soviética y, por el contrario, en el bloque asiático durante la fase de ascenso seguirá profundizándose la colaboración sino-india. No incluyo a Rusia, por cuanto su comportamiento externo depende de la acogida o no que Europa le pueda brindar, lo cual es factible si decrece la influencia de Washington en ese continente.

En tercer lugar, esta especialización estratégica va a modificar algunas de las discusiones actuales sobre el derecho internacional, el sistema de Naciones Unidas, los derechos humanos, al visibilizarse rasgos culturales restaurados por los asiáticos de inspiración budocofuciana y con probables reivindicaciones del humanitarismo islámico. En el 2020, los países señalados como eje del mal por G. Bush, entre ellos dos asiáticos, serán vistos como las víctimas de una ridícula satanización por parte de un megalómano irresponsable. A su vez, las sociedades europeas, grupo que ve perder su influencia internacional, tendrán también interés en la recomposición de las instituciones multilaterales como medio de protección de nuevas tendencias hegemónicas en las que ellas ya no son parte central

ni les son ventajosas como en el pasado.

En una relación concomitante con esta des-europeización del discurso internacional, viene la morigeración del radicalismo islámico, sólo si se dan dos condiciones: una, el restablecimiento de las normas y prácticas multilaterales, en las cuales la voz islámica sea escuchada y tomada en cuenta, y, segundo, el liderazgo chino en Asia es lo suficientemente audaz para vincular en forma visible a los países islámicos al proyecto de integración asiática. Por supuesto, ya están adentro Malasia e Indonesia, pero ¿qué puede pasar con los países de Asia Central, o Paquistán y Bangladesh? ¿Cómo doblegar la injerencia externa en Afganistán, Paquistán e Iraq? Ese es el gran interrogante para Hu Jintao en estos momentos.

Como en el pasado, la bipolaridad alienta el interés por regiones estratégicas en recursos, pero también por numerosos países en los cuales hallar aliados. No podemos negar que África recibió más ayuda y atención durante la guerra fría que después de la caída del Muro de Berlín. Anticipándose a los hechos, China lleva a cabo una fuerte proyección en África. Estados Unidos, bajo Bush, advirtió en forma tardía la presencia china en la región y creó una nueva flota para contrarrestar la influencia asiática. Tal vez hemos de ver, en los próximos años, cómo chinos,

Algunos autores llevados del prurito pluralista han querido defender a capa y espada un supuesto sistema multipolar en la postguerra fría

rusos y europeos mantendrán la injerencia en la región, con la participación aislada de los estadounidenses. Oceanía, por su parte, desde los años noventa forma parte de la esfera económica de Asia Oriental, aunque el acuerdo militar de Australia y Nueva Zelandia mantenga por unos años su vigencia.

En quinto lugar, y quizás lo más importante, hemos de presentar las anticipaciones sobre América Latina. Nuestra región seguirá siendo tratada con alta discrecionalidad por parte de los chinos, porque son conscientes del desgaste que implicaría un choque en el patio trasero de los norteamericanos. Pero, en la medida que los latinoamericanos se jueguen la carta asiática, las posibilidades de una negociación de igual a igual con Estados Unidos crecerán en forma exponencial, porque van a verse forzados, por primera vez en su historia, a abrirse con generosidad a los pueblos ubicados al sur del Río Grande. Dado el fenómeno de la asianización de Asia, la interacción latinoamericana transpacífica va a chocar con los

límites naturales de una región con un mayor movimiento centrípeto, como lo es Europa en este momento. Sin embargo, la interacción con Norteamérica puede llegar a despejarse en campos hasta ahora inusitados, en cuanto a la gran disponibilidad de recursos para la reindustrialización latinoamericana. En la coyuntura actual, nuestros países han tenido que profundizar su especialización en la provisión de materias primas y commodities para la insaciable industria de Asia Oriental, sacrificando su propia manufactura. Pero si Estados Unidos, en vez de financiar la industrialización de Asia, compartiera la inversión con los vecinos la región, tendría un futuro menos aciago.

Cuando Estados Unidos busque a Latinoamérica con menos arrogancia y sin la odiosa intervención imperialista, se darían unas mejores condiciones para la reanudación del proyecto panamericano, desviado de sus objetivos iniciales de 1948, por la guerra fría. Crear una América unida significa que Norteamérica está dispuesta a respetar a los gobiernos latinoamericanos y a compartir con esas sociedades su bienestar. Los latinos, por su parte, ya no tendrían mayores prevenciones contra el Norte, y más bien buscarían ampliar su campo de vida con la inyección del conocimiento técnico y la disciplina propios de las sociedades anglosajonas.

Notas

- 1 Francis Fukuyama (1992), *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press.
- 2 Samuel P. Huntington (1993), *Foreign Affairs* 72, No. 3.
- 3 William C. Wohlforth (1999), para quien "unipolaridad es paz y estabilidad" internacionales. Cfr. *International Security*, 24, No. 1.